

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

PRÓLOGO	
UNA PAZ ESQUIVA	VII
LOS SOBERANOS	1
<i>Patricia Nieto</i>	
VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO	89
<i>José Navia</i>	
UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
MADRES CORAJE	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

<b>LA FAMILIA AUSENCIA</b> <i>Cristian Valencia</i>	<b>131</b>
<b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b> <i>Pilar Lozano</i>	<b>145</b>
<b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b> <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	<b>161</b>
<b>“HERMANO PARA SIEMPRE”</b> <i>Marta Ruiz</i>	<b>187</b>
<b>VOLVER A EMPEZAR</b> <i>Sandra Janer</i>	<b>199</b>

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# “HERMANO PARA SIEMPRE”

---

MARTA RUIZ\*

Desde hace 15 años, Herbin Hoyos está haciendo un periodismo comprometido con la causa humanitaria de los secuestrados. Su programa radial *Las voces del secuestro* ha alimentado la esperanza de libertad de los cautivos por años, y también de sus familias, que han sufrido en soledad las consecuencias de este crimen atroz. Por su altruista labor recibió, junto a William Pérez, el Premio Nacional de Paz 2008. Actualmente es periodista de la revista *Semana* y columnista de *Arcadia*.

---

\* Es periodista de la Universidad de Antioquia, especializada en televisión, y cursa una maestría en estudios políticos. Ha trabajado en televisión y prensa, además de haber coordinado durante dos años el Proyecto Antonio Nariño para la Libertad de Expresión. Publicó el libro *Esta ciudad que no me quiere*, y es coeditora de *Bajo todos los fuegos*. Ha ganado varios premios –Rey de España, SIP, Ipys y Simón Bolívar– por trabajos colectivos realizados en *Semana*. Trabaja como profesora ocasional en el Ceper de la Universidad de los Andes y ha dictado talleres para la Fundación Nuevo Periodismo, Medios para la Paz y la Fundación para la Libertad de Prensa.



**H**erbin Hoyos saca una pistola y la pone sobre la mesa. Estamos en su oficina, un apartamento de dos pisos en el barrio El Nogal de Bogotá. A mi derecha, cuelgan de la pared varios diplomas de premios y reconocimientos. En el centro, el Premio Nacional de Paz primorosamente enmarcado, junto a varios Simón Bolívar, y más allá, en una repisa, la estatuilla del premio Ondas de España. Herbin no es para nada un hombre anónimo. Acaba de llegar en su brillante moto de alto cilindraje, seguido de dos escoltas. Chaqueta negra de cuero, jeans, peinado impecable, sonrisa abierta y mirada tranquila. Tiene 39 años y ha dedicado casi toda su vida al periodismo. A la radio. Y a la lucha por la liberación de los secuestrados. Por eso ganó, junto al cabo William Pérez, el Premio Nacional de Paz en 2008. Ambos galardones son un producto indirecto de la Operación Jaque. Ambos fueron un reconocimiento a la fraternidad, a la solidaridad y la fe en el ser humano. El de Pérez porque salvó la vida de Ingrid Betancourt cuando estaba en cautiverio. La ex candidata presidencial se había sumido en una profunda depresión y la inanición la estaba matando. Pérez la alimentó y le brindó el alimento que la devolvió a la vida y reconstruyó su fe en los demás.

Pero si Pérez le devolvía la esperanza a Ingrid a punta de cucharadas de sopa, Herbin Hoyos la mantuvo viva durante los siete largos años de cautiverio con dosis semanales de alimento para el alma. Dosis de aliento, con las palabras suyas y de su familia, a través de *Las voces del secuestro*, el programa de radio que desde hace 15 años tiene al aire en Caracol. Ni Herbin ni su programa son desconocidos. De hecho, él es bastante popular. Quienes han estado en cautiverio lo

quieren como a un ángel guardián, y se ha escrito mucho, en el país y fuera de él, sobre su programa. Pero, de repente, el 1° de julio de 2008 las luces de todas las agencias del mundo enfocaban a Ingrid Betancourt en el aeropuerto de Catam. Con su sombrero de expedicionaria y su chaleco militar, estaba apenas empezando a disfrutar la libertad, cuando en medio de la multitud de periodistas que se agolpaban en la pista, vio a Herbin Hoyos. Ella le extendió los brazos y lo llamó, para abrazarlo. “Hermano, hermano por siempre”, le dijo. Herbin cree que fueron las palabras de Ingrid las que hicieron que muchas instituciones reconocieran su dedicación por casi dos décadas a lo que ha considerado la misión de su vida: no dejar que los secuestrados queden en el olvido.

Herbin es un hombre de paz, pero lleva una pistola al cinto, porque conoce la guerra, y teme a los que viven por y para ella. Guerra y paz han sido el hilo de doble filo en el que se ha movido siempre. Nació en el seno de una familia campesina, en las montañas del Huila y mientras iba a la escuela, ayudaba en las labores del campo. Arrear ganado, sobre todo. En su casa siempre había una escopeta calibre 22 con la que su mamá defendía las reses del constante abigeato. Pero el niño que corría por las colinas tras los terneros, y que escuchaba historias de chulavitas y chusmeros, desde muy joven se hizo a dos sueños irrenunciables: ser periodista y piloto. En las noches, cuando terminaban las jornadas de trabajo en la finca, se sentaba con su padre a escuchar La voz de Estados Unidos que transmitía los relatos de un periodista que cubría la guerra de Nicaragua. Al fondo se oían efectos de tiros, botas, gritos, que se enlazaban con testimonios de mujeres que lloraban a sus muertos; de soldados que combatían en medio de la incertidumbre, y de guerrilleros que blandían su esperanza con fusiles de segunda mano. Entonces, antes de irse a dormir, ambos rezaban para que el periodista pudiera sobrevivir, y el relato siguiera a la noche siguiente. —En ese momento mi papá era el tipo más valiente que yo conocía. Entonces yo pensaba que si admiraba a ese periodista, era porque él era aún más valiente y fuerte que mi papá. Así empezó a meterse el periodismo de guerra por los poros.

Pero si al principio de la vida la guerra era una historia lejana, en su adolescencia empezó a convivir con ella. Poco a poco la

“chusma” remanente de los años 50 había dado paso a otros grupos armados. Los guerrilleros de las Farc llegaron pisando fuerte y marcando terreno. Mataron a muchos en su vereda, incluidos varios de sus primos. Herbin ya se había metido al mundo de la radio desde el colegio. Lo mejor era emigrar hacia la ciudad. Un primer paso fue prestar el servicio militar, y luego, las dudas sobre el futuro. La suerte decidió por él: ganó una beca del gobierno español y se fue a la Universidad Complutense de Madrid a estudiar periodismo. Para entonces ya se había convertido en un hombre de radio.

Corría el año 92 cuando estando ya en España empezaron a sonar las trompetas de la guerra en los Balcanes. Un amigo periodista que trabajaba en Bosnia lo invitó a Sagrev con la idea de que pudieran hacer un puñado de reportajes sobre la guerra que se cernía sobre la antigua Yugoslavia. Herbin improvisó un morral con una grabadora, un teléfono dotado de ganchos para “pegarse” a los cables de telefonía en cualquier parte; radio de banda ancha y un kit de primeros auxilios. Se montó en un tren y luego de recorrer media Europa llegó a Zagreb justo cuando las alarmas de bombardeo sonaban en toda la ciudad. Sin siquiera encontrarse con su amigo, Herbin se conectó a una línea telefónica, llamó a Caracol Radio en Bogotá y empezó a transmitir en directo. Desde ese momento se convirtió en un corresponsal de guerra.

Pero la guerra todavía no le había mostrado sus fauces, como lo haría tiempo después cuando viajó a Ruanda, Angola, Sierra Leona, Iraq, Kosovo, y especialmente en Grozny. Allí, cubriendo la guerra de Chechenia, fue capturado por paramilitares de ese país que lo torturaron y estuvieron a punto de matarlo. —Veníamos de entrevistar a Shamil Basayev —considerado el Ben Laden checheno—. Habíamos cruzado la línea de fuego de manera temeraria. Entramos a un campamento donde los rusos habían cogido a un grupo de guerrilleros. Habían hecho un racimo humano con ellos y les prendieron fuego —relata. Los paramilitares rusos les quitaron todo. Los golpes fueron brutales. A Herbin le perforaron el colon, un pulmón y el esternón. Quedó medio muerto en una zanja. Pero tanto él como su colega lograron sobrevivir.

El contacto con la guerra hizo de Herbin algo distinto a lo de muchos reporteros. En lugar de volverlo un cínico, o un desesperanzado, afianzó en él la capacidad de hacer algo por los otros. Viajó en varias ocasiones en misiones humanitarias, a veces con la ONU y a veces solo. No se conformó con informar. Se convirtió en voluntario en muchos lugares del mundo. Las víctimas de todos los lugares del mundo le recordaban a las del conflicto colombiano. Especialmente las del secuestro.

Justamente en 1994 fue cuando el secuestro cobró para él una dimensión especial. En ese entonces las Farc solían citar a los periodistas y llevarlos a un lugar de la selva cuando querían enviar un mensaje. Habían convertido el secuestro no sólo en una lucrativa industria, sino en un mecanismo de presión política que con los años tendría dimensiones catastróficas. Herbin estaba en el Tolima y fue uno de varios reporteros citados por los insurgentes. Pero lo que parecía una reunión clandestina de pocos días terminó siendo un secuestro que se prolongó casi por dos semanas, ya que había operaciones militares en la zona. En esos días, sintió en carne propia la profunda soledad que se vive en cautiverio. El hambre, el frío, la incertidumbre, el miedo. Se pasaba horas enteras monitoreando el dial de la radio buscando un pronunciamiento, un mensaje, algo que le diera una esperanza de salida.

Después, cuando estaba a punto de volver a su casa, se encontró a un hombre encadenado, sentado en el piso y profundamente abatido. —¿Esta castigado? —le preguntó Herbin, presumiendo que se trataba de un condenado a muerte—. Estoy secuestrado —le dijo el hombre, que tenía un pequeño radiecito en sus manos. Al saber que Herbin era periodista le pidió que cuando saliera hiciera algo por ellos, por los secuestrados. Así nacieron *Las voces del secuestro*. Un programa emitido en las madrugadas de los sábados que tristemente ha durando quince años al aire, y que durante los años aciagos de finales del siglo pasado llegó a tener una audiencia de tres mil personas en las selvas.

## AL AIRE

Son las 12 de la noche cuando la señal se enciende. En los estudios de Caracol ya hay un grupo de seis jóvenes voluntarios que empiezan a llamar a los familiares de los secuestrados. En la cabina está Herbin. Esta noche es especial porque a principio de la semana el Ejército interceptó a un miliciano que llevaba las pruebas de supervivencia de diez policías y soldados, casi todos con más de una década en cautiverio. Otrora, las pruebas generaban alegría y optimismo. Esta vez, preocupación y tristeza. Sus cuerpos revelan el agotamiento por los años de sometimiento a la tortura. Les penden cadenas de sus cuellos que han sido un golpe brutal para las madres. Sus mentes ya no son lúcidas. Algunos han dejado en los videos una especie de testamento. El tiempo se les agota. La juventud también. Pero las familias siguen cumpliendo la cita semanal en la radio.

La noche comienza con Janeth Rosas, hermana de Donaldo Rosas, secuestrado hace doce años en el Huila. Sin noticias de él desde hace años. Aún así, ella le pide fortaleza. Que tenga fe, como su familia la tiene. Luego, Vladimiro Bayona, cuyo hijo fue secuestrado en el 2000 en Palmira. No hay pruebas de supervivencia. Jamás hubo ningún pedido, ningún reclamo. Se aferran a la esperanza de que estén vivos. En casos como estos, el secuestro no sólo es tragedia, sino también esperanza. Porque del secuestro se puede regresar. De la desaparición no.

Meses atrás cuando el gobierno de Álvaro Uribe depuró las cifras de secuestrados y dijo que sólo había 150 personas en cautiverio, y que por lo menos 800 que aparecían en sus bases de datos son desaparecidos, Herbin no estuvo de acuerdo. —El gobierno no tiene derecho a quitarle a nadie la condición de secuestrado —dice. Y recuerda muchos casos en los que a las personas se les da por muertas cuando han pasado los años sin que haya señales de vida. Pero luego, regresan. Como pasó con el ex ministro Fernando Araújo. Cinco años sin un mensaje de aliento. Algunos en su familia se cansaron de la incertidumbre. No volvieron a hablarle por la radio. Rehicieron sus vidas. Y de repente un día, se fugó del campamento donde estaba. Pero estos casos son escasos. Otros nunca han vuelto

y no hay esperanza de retorno. Los guerrilleros y paramilitares que se acogieron a la Ley de Justicia y Paz han confesado decenas de secuestros así. Como el del hermano de la poetisa María Mercedes Carranza, a quien la agonía de no saber las circunstancias en las que se encontraba su hermano, la insensibilidad de los guerrilleros, del gobierno y de la sociedad, se le volvieron insoportables. Hasta que se suicidó.

La noche está oscurísima y mientras los estudiantes siguen contactando familiares al teléfono, Herbin saluda a los secuestrados. —Su obligación es mantenerse vivos —les dice. Los familiares saben dos cosas: que tienen que esperar con paciencia su turno, y que cuando este les llegue, tienen que hablar corto para que los demás puedan hacerlo también. Hay personas que nunca fallan y cuyas vidas giran en torno al programa. La madrugada avanza y se oye la voz ya conocida por todos de Jaime Salem, que le habla a su hijo Mahamud. El acento árabe es inconfundible. Es el más constante participante del programa, y lo hace desde Arabia Saudita. Aprovecha para echarle vainas al gobierno. En sus palabras hay dolor, resentimiento y un clamor de compasión que aún no ha sido atendido. Cuando lo escucho, empiezo a entender que *Las voces del secuestro* tiene una doble función. Quienes están en cautiverio, sean centenares o miles, se conectan con la esperanza de la libertad. Pero más que para los cautivos, el programa es un espacio de libertad para los familiares. Se desahogan. Construyen una comunidad donde la tristeza se comparte. Tiene incluso algo de místico. De oración. De credo.

Afuera hay llamadas en espera de todo el país y del extranjero. La hija del general Luis Mendieta nunca falla. Se le quiebra la voz al rogarle a su padre que resista. —Te amo, te amo —le repite. Es la declaración de amor más intensa que he escuchado en la vida.

Es el turno de una de las mamás que esperan hace años el canje. Es la madre del policía Luis Alfredo Moreno, cuyas pruebas de vida se acaban de conocer. Cuando está al aire se oye un ronquido. Herbin lo toma con humor y le dice al policía: —Este es el ronquido de tu madre, que no aguantó el trasnocho. Pasados unos minutos, despierta y le habla. Lloro. No puede olvidar las cadenas. Las malditas cadenas con las que duerme su hijo.

Por *Las voces del secuestro* han pasado más de 11.000 mensajes. Gente de todas las nacionalidades. A medida que los cautivos han recuperado la libertad, han dado testimonio del significado y el valor que tuvo la radio en sus vidas. A través de estos micrófonos pudo Keith Stansell, uno de los estadounidenses liberado en la Operación Jaque, enamorarse de la mujer que cada semana le hablaba desde la distancia. Era una colombiana con la que tenía un hijo. Se aferró a su voz desde la selva, mientras otros se flagelaban con el silencio de sus seres queridos, según consta en sus memorias.

Pero esos micrófonos también han sido heraldos de malas noticias. Por *Las voces del secuestro* se enteró Fernando Araújo de que su esposa, cansada de no tener noticias, había decidido rehacer su vida. O Gloria Polanco recibió la triste información de que su esposo Jaime Lozada había sido asesinado, mientras ella seguía cautiva. En la radio no hay pudor ni intimidad.

Herbin recuerda especialmente el caso de Chikao Maramatsu, el empresario japonés secuestrado por las Farc en 2001. La familia, desde el otro lado del planeta, le enviaba angustiosos mensajes en los que le pedían que resistiera y que no perdiera la esperanza. Herbin se aprendió unos cuantos de ellos en japonés y se los repetía también al nipón, que dos años después fue asesinado. También recuerda a un secuestrado llamado Vicente, que el día de su liberación, aún sin cambiarse de ropa ni llegar a su casa, fue hasta Caracol Radio a conocer a Herbin. Lo abrazó emocionado: —Usted me salvó la vida —le dijo, pues diariamente los guerrilleros le decían que la familia lo había olvidado. El sentimiento de abandono, la duda sobre si uno es amado, se exagera en el secuestro. Cuando Vicente empezó a oír *Las voces del secuestro* se dio cuenta de que afuera lo esperaban. Que la guerrilla sólo quería torturarlo.

Cuando el subintendente de la Policía Jhon Frank Pinchao logró fugarse de su cautiverio contó ante todo el país que *Las voces del secuestro* era ese pequeño hilo que conectaba al inframundo de los campos de concentración donde ellos estaban, en las selvas, con la vida. En el secuestro, la línea entre la vida y la muerte es tenue y volátil. En la selva, los cautivos se aferran al transistor, pelean por él, sufren para que no se acaben las pilas, usan los alambres de las

esponjillas para hacer largas antenas y no perder la señal. Un mensaje de sus familiares puede ser la bocanada de aire que necesitan para no asfixiarse. Cuando este llega. O una más profunda agonía, cuando al pasar de los minutos nadie conocido sale al aire.

Todos los secuestrados ven a Herbin como un hermano. Clara Rojas no le falla nunca con los mensajes para las personas con las que convivió en las selvas del Guaviare y que hoy siguen allí, contra todo sentido común. Oscar Lizcano, Consuelo González, casi todos los liberados vuelven al programa. Hasta los guerrilleros han ido. Elsa Nellys Mosquera, más conocida como “Karina”, la guerrillera desmovilizada de las Farc, pidió perdón a los secuestrados una noche desde el estudio de Bogotá. Quienes estaban allí dicen que la voz le temblaba ante los micrófonos, pues ahora estaba del otro lado, respecto al secuestro, y no pudo evitar recordar la rabia que le producía este programa radial, cuando ella hacía parte de los carceleros.

## NO SÓLO RADIO

A mediados de los años noventa, cuando el secuestro se había vuelto endémico y se hablaba de 3.000 casos al año, el gobierno, impulsado por varias ONG, empezó a trabajar para frenar esa tendencia. Se crearon los Gacula y se endurecieron las penas de prisión para los secuestradores. Pero más allá de lo policial y lo judicial, las familias han tenido que enfrentar solas gran parte de las consecuencias del secuestro. Y todo lo que sigue después de la liberación: economías colapsadas, desconfianza y miedo al entorno, ruptura de los lazos familiares, y un largo etcétera. Herbin Hoyos, que había logrado establecer una relación humana con muchos de ellos, empezó a cumplir la función de amigo, consejero, paño de lágrimas, psicólogo de cabecera y experto en duelo. Fue así como a *Las voces del secuestro* se le fueron sumando otros proyectos, a partir de redes de amigos, que apoyan a las familias tanto en asuntos jurídicos como legales.

El joven Herbin también cumplió su sueño de ser piloto. Su afición es volar en ultralivianos. En una ocasión un ex secuestrado lo acompañó en un vuelo, y le dijo que desde arriba, la selva se ve

inofensiva, mientras que abajo se convierte en un cepo. Desde ese día decenas de liberados han hecho con Herbin el vuelo de la libertad, en su ultraliviano. Un recorrido por encima de las montañas, entre las nubes, en el que en la parte más alta los otrora cautivos gritan a todo pulmón: *¡Nunca más perderé mi libertad!*. Es una peculiar catarsis, inventada por este periodista al que no le hace falta imaginación.

Como su otra pasión son las motos, Herbin se inventó las caravanas contra el secuestro. La idea surgió cuando acompañó a un grupo de policías discapacitados que recorrieron el país en sillas de ruedas para pedir la liberación de sus compañeros. Herbin los acompañó buena parte del trayecto, tal como lo había hecho con el profesor Gustavo Moncayo –también Premio Nacional de Paz–. Pero esta vez lo hizo en moto, y con otros amigos. Pronto se dieron cuenta de que las caravanas de motos eran un vehículo perfecto de comunicación y empezaron a recorrer el país con esa idea. Aunque parece espontáneo ha requerido un gran esfuerzo logístico, coordinación con las autoridades y mucha seguridad. Las caravanas han estado en sitios tan frágiles en orden público como Putumayo y Huila, lugares donde Herbin asegura, la gente sigue reportando secuestros todos los días.

La relación de Herbin con las familias de secuestrados, y ahora con ex paramilitares y ex guerrilleros, lo llevó a interesarse en la búsqueda de los cuerpos de quienes murieron en cautiverio o bajo desaparición forzada. Empezó con la búsqueda de Diana Reyes, secretaria de la gobernación de Casanare, secuestrada por los paramilitares, de quien el propio ‘Solín’, mano derecha de ‘Martín Llanos’, confesó que había sido asesinada. Herbin hace contacto directo con desmovilizados y con los familiares de las víctimas. Cuando han ubicado una fosa, entonces llaman a las autoridades para que se hagan cargo de la exhumación.

Su interés por los desaparecidos lo ha llevado a involucrarse en temas tan complicados como los hechos ocurridos en el Palacio de Justicia. Durante meses buscó a un radio aficionado que tenía grabaciones que han servido para que la Fiscalía vincule a un grupo de militares por abuso de poder y desaparición forzada de las personas que salieron vivas de la cafetería y nunca regresaron.

Por muchas de estas actividades Herbin se convirtió en un objetivo militar de las Farc. El secretariado nunca le ha perdonado que fuera uno de los periodistas que se metió a la zona de distensión del Caguán, durante el gobierno de Andrés Pastrana, para investigar y denunciar que la guerrilla usaba esa zona creada para el diálogo y la paz, como caleta para encerrar con impunidad a centenas de secuestrados. Por eso, Herbin, a pesar de estar dedicado de tiempo completo a las labores humanitarias, carga una pistola al cinto, y está rodeado de escoltas.

Para finales de 2009, Herbin tenía planeada una marcha en motocicleta por Europa, para denunciar la persistencia del secuestro en Colombia. Justo antes de iniciar esta marcha, en octubre, se escapó de un atentado que, según las autoridades, le tenían preparadas las Farc. Entonces la marcha se adelantó. Más de cien motos estuvieron rodando por las carreteras de España, Francia e Italia, con banderas blancas y fotos de los secuestrados. Y desde los Pirineos, o desde la Plaza de San Pedro, *Las voces del secuestro* sigue al aire.